

El Código Da Vinci y el Fundamentalismo Intelectual

Por Mario Riveros M.

La cultura occidental se caracteriza por vetar ciertos ámbitos sólo por el hecho de ser “censurables” o “políticamente incorrectos”.

Cuando se dice y piensa en que la cultura se sostiene sobre pilares plurales y firmes, la diversidad y el error son parte importante de la solidez que tiene el conocimiento y la misma erudición.

El Código Da Vinci no es más que ficción. Un par de datos y una buena historia ayudan a contar un cuento entretenido, que permite, paso tras paso, escena tras escena, analizar el cómo y el por qué este tipo de invenciones son tan “dañinas” para algunos.

A pesar de lo que cree el Opus Dei, la historia no habla mal de ellos (por lo menos en el filme), es más, Langdon y sus secuaces excomulgan a la Iglesia y el Opus por los hechos de Silas, el albino monje, y circunscriben sus actos a sectas transversales más que a la orden o la Institución.

Pensar en no ver una historia, bien contada y marketeada, sólo por el hecho de pensar en que es una herejía o que habla mal de instituciones o personas. Por los mismos hechos se cocinó a Copérnico, o se condenó a Salman Rushdie.

Fundamentar las decisiones irracionales es sólo caer en el fundamentalismo: basando sus propios actos en el desconocimiento y la noción de cosas de las cuales no se tiene certeza.

Ver y exponerse a distintas versiones, más que hacer daño, ayuda a saber más y mejor. Incluso a reafirmar la fe. Si no: pregúntenle a Dios...él todo lo sabe.